



FRANCIA: LA IMAGEN DEL PODER

POMPIDOU ha cambiado de primer ministro. La expresión es suficientemente clara como para no darle valores políticos equívocos: no ha cambiado la Asamblea Nacional —por el contrario, el primer ministro saliente acaba de pasar con éxito una votación de confianza— ni se ha visto impulsado a ello por un movimiento de fondo de partido. Quien gobierna Francia es Pompidou: es una República presidencialista, tal como la configuró el general De Gaulle a su propia medida. Hubo una reforma constitucional: desapareció el cargo de presidente del Consejo de Ministros y apareció en su lugar el de primer ministro. Esto sucedió en 1958 y en la posterior reforma constitucional de 1962. Antes, el Presidente de la República era una figura más bien decorativa, con un cierto poder de arbitraje en caso de crisis, y una forma de asegurar en esos casos la continuidad del poder: el Presidente del Consejo surgido de la mayoría parlamentaria —y ésta, a su vez, de las elecciones— era quien gobernaba el país, sometido siempre a las oscilaciones de la mayoría y de la opinión pública. El Presidente de la República, en cambio, no tiene responsabilidad ante la Asamblea: puede disolverla, puede, en muchos casos, gobernar por Decreto; en muchos casos, y en algunos considerados excepcionales, puede apelar al artículo 16, que le da plenos poderes para gobernar solo, sin más trámite que «consultar» al primer ministro y al presidente del Consejo Constitucional —cargos que dependen de su nombramiento directo— y a los presidentes de la Asamblea y del Senado —que son de elección de los diputados y senadores—.

QUIERE esto decir que la evicción de Jacques Chaban-Delmas y el nombramiento en su puesto de Pierre Messmer son decisiones personales de Pompidou, Presidente de la República. Messmer no dará ningún nuevo tono a la política francesa, porque no puede dárselo. No tiene capacidad constitucional para ello. Pompidou se ha cuidado bien de precisarlo en su alocución al comentar el cambio de poderes: la gobernación del país continuará haciéndose en relación a la fidelidad a la «mayoría presidencial» —la suya, la que obtuvo en las elecciones directas por sufragio universal (antes de la reforma constitucional, la elección de Presidente se hacía por un cuerpo de compromisarios: unas ochenta mil personas «notables») — en 1968, frente a Alain Poher. Pompidou continuará, evidentemente, su gobierno personal.

LA razón para cambiar de primer ministro es bastante visible desde hace algún tiempo. Chaban-Delmas había caído en un cierto desprestigio personal. Hace aproximadamente un año había sido acusado públicamente de ciertas manipulaciones en sus declaraciones de impuestos. Chaban había respondido haciendo públicas sus cuentas y sus documentos; pero el rumor había tomado demasiado cuerpo; el primer ministro había caído en manos de caricaturistas y periódicos satíricos, y el escándalo, justo o injusto, termina siempre por pagarse. Después había surgido algún otro escándalo, como el de la publicidad clandestina en la radio y la televisión. El régimen presidencialista tiene esta misteriosa ventaja: el Presidente puede obrar a su voluntad, pero la responsabilidad en ciertos casos recae sobre el primer ministro. Pompidou permaneció intacto, Chaban-Delmas se quemó, a pesar del apoyo del Presidente y del partido.

SURGE, ahora, una cierta amenaza de una oposición con vistas a las elecciones generales de la primavera próxima —o de este otoño, si el Presidente considerase que le convenía mejor esa fecha y disolvía la Asamblea— como es la unión de socialistas y comunistas, a la que posteriormente se ha adherido algún otro grupo, como la rama de izquierdas del partido radical. La unión de las izquierdas puede ser un arma de doble filo. Bien explotada por el poder, puede dar en las próximas elecciones una victoria a la mayoría de la derecha, aunque, si la unión de la izquierda supera esa fuerza, puede ser un peligro para más adelante. El electorado francés es conservador: tiene muy acentuados los reflejos anticomunistas y la idea de un Frente Popular puede asustarle notablemente. A menos de que le asuste más la mayoría gubernamental. Pompidou puede pretender dar, como se dice insistentemente estos días, un regreso al degolismo. Pero, ¿qué es el degolismo?

ES, sobre todo, un equívoco. Se atribuye a De Gaulle una personalidad por encima de la política, encaminada a una hiperestasia del patriotismo, del nacionalismo y a un sentido de la continuidad histórica, desde las glías pasadas a la grandeza —la «grandeur»— de Francia en el futuro. Puede que fuese así, y que ese fuese su fondo humano; pero De Gaulle fue siempre un gran político maniobrero. Lo fue ya desde su exilio a Londres: ma-

nóbró políticamente con Churchill y Roosevelt, al mismo tiempo que con las numerosas fuerzas políticas francesas que querían representar, en el exilio y en el interior, a la Francia ocupada; lo fue en los gobiernos provisionales y los abandonó «asqueado de la política», según la leyenda, pero en realidad porque no podía mantenerse al frente de ellos y elegía una retirada para volver después, convencido de que sólo él tendría la posibilidad de arbitrar en una situación que podría ser difícil: esa situación tardó en llegar, pero llegó al fin, y De Gaulle supo erigirse en ella con maniobras y astucias políticas frente a los sublevados de Argelia, a los que engañó, apoyado en una izquierda democrática a la que volvió a engañar, para luego burlar a la derecha. Fue su última maniobra política, y le falló. De Gaulle, tras los acontecimientos de mayo de 1968, quiso quemar a su primer ministro, Pompidou, para continuar intacto; pero Pompidou pudo más, la derecha pudo más —la derecha consideraba que De Gaulle había ido demasiado lejos en sus concesiones a la izquierda, y se había asustado por su incapacidad en reprimir los acontecimientos de mayo—, y Pompidou se alzó con el poder tras la retirada del general De Gaulle. Se alzó con un poder que apareció como continuista, y no lo era. Lo que había aparecido entonces era una derecha más tradicional, más cerrada.

LA cuestión para aquella derecha, que es esta derecha, era cómo asumir lo que de positivo tenía De Gaulle: es decir, su fuerza de arrastre, su magnetismo político. Su imagen. No era, no es fácil. Pierre Vianson-Ponté ha titulado el segundo tomo de historia de la «Republique gaullienne» con este expresivo título: «El tiempo de los huérfanos». La imagen de padre que daba De Gaulle no la puede dar Pompidou. Ni Chaban-Delmas, ni Messmer. Cuando se dice que el nombramiento de Messmer significa «un regreso al degolismo puro», como se está diciendo ahora, aludiendo a la lealtad del veterano teniente coronel de paracaidistas por su general, se debe estar diciendo que Pompidou busca una imagen del degolismo para ofrecerla frente a la de una unión de la izquierda, a la que presenta con la imagen desprestigiada de un Frente Popular al estilo del de 1936. El degolismo se presenta ahora como un movimiento. Se han quedado en el camino otros leales, que podían ser los más «puros», o los que ellos mismos creían ser los más puros: Jean-Marcel Jeanneney, Louis Vallon, Jacques Vendroux, Christian Fouchet, los más íntimos colaboradores del general, fueron dimitiendo dentro del año que siguió a la muerte de De Gaulle, de la UDR; eran los huérfanos. No aceptaron a los que se alzaban con la herencia.



Y ahora, el frente degolista se presenta como un movimiento. La incorporación de Edgar Faure —que fue presidente del Consejo por el partido radical y que luego «colaboró desde fuera» con el general; aun siendo ministro, mostró sus distancias— puede tener en ese sentido más importancia aún que la de Messmer, figura más bien decorativa en este caso. Faure es el presidente de honor del movimiento por el socialismo y la participación (MSP), grupo que se pretende de izquierda —y, como se ve, adopta la forma política de socialismo— y que es resultante de la fusión de la Unión de la Izquierda por la V República (no la confundamos con la nueva Unión de la Izquierda surgida del programa común de comunistas y socialistas), del Frente Laborista y de Democracia y Trabajo: es decir, los grupos de la izquierda dentro del degolismo. El núcleo principal sigue siendo la UDR, junto a grupos de derecha y centro, como Progreso y Democracia Moderna (PDM) y los republicanos independientes. Es decir, cubre un frente electoral muy amplio, segrega sus propias soluciones de recambio, incluye en su sistema algunas posibilidades de oposición propia, a la izquierda y a la derecha.

QUIZA en ese sentido se pueda hablar de un regreso al degolismo: en el de utilizar los temas de sus adversarios. Se decía que Lenin no toleraba a nadie a su izquierda; De Gaulle no toleró nunca a nadie a su izquierda, ni a su derecha; se situaba en un enorme centro, que ocupaba todas las gamas de la opinión pública, y cada vez que veía que un tema podía ser popular —como la retirada de la OTAN y la apertura hacia el Este o, mucho antes, el abandono de Argelia— lo adoptaba y lo hacía suyo sin importarle de qué partido procedía; lo asumía personalmente y dejaba en el vacío, sin tema de oposición, a quien lo había patrocinado. Luego, evidentemente, venía su propia digestión del tema. El abandono de la OTAN presentado por la izquierda comunista significaba, evidentemente, mucho más: significaba la rotura de la alianza con los Estados Unidos y la entrada en un neutralismo real, lo cual no estuvo nunca en la opinión del general, a pesar de la apariencia de sus desafíos a los Estados Unidos. Esta enorme capacidad de absorción y digestión de temas es la que ahora puede asumir todo un frente, hecho de agrupaciones distintas. El frente amplio de la derecha (incluyendo la izquierda de la derecha) frente a la Unión de la Izquierda, ratificada el domingo pasado por los partidos comunista y socialista. Una buena maniobra política. A condición de que resulte.

CON este nuevo gobierno, con la figura visible de Messmer como primero entre una serie de ministros que generalmente proceden del gobierno anterior, se trata de agrupar una mayoría burguesa, con miedo a las aventuras; una mayoría de pequeña clase media que, en cambio, aceptará de buen grado la aventura desde el poder, a condición de que se le ofrezca. Es decir, a condición de que no se presente el gobierno nuevo como un salto atrás, sino como una dinámica, como una serie de aperturas y posibilidades más «seguras» que las que presenta el programa de la izquierda. Que tendrá que esperar a que fracase esta posible experiencia para renovar su opción.

En la entrada del hotel Matignon, residencia oficial del primer ministro de Francia, asediados por los fotógrafos de prensa, Pierre Messmer y su antecesor en el cargo, Jacques Chaban-Delmas.



EL DESHIELO EN ASIA

Noticias de deshielo en Asia: las dos Coreas se aproximan, Filipinas modifica su constitución, Japón inicia negociaciones con China. Son modificaciones de antiguas posturas de guerra fría, relativamente comparables con las aperturas europeas, con el retraso producido por la guerra de Vietnam. A la guerra de Vietnam se le ve de alguna manera el fin —este jueves se reanudan las conversaciones de París: sin esperar demasiado de ellas, se dice que la delegación norvietnamita aporta propuestas nuevas, que ha expuesto ya en Moscú y en Pekín—; sobre todo, se ve que el gobierno de guerra de Saigón puede ser fácilmente abandonado por Washington, como ya sucedió en Pakistán durante su breve y desastrosa guerra de Bangla Desh; los gobiernos asiáticos prefieren buscar otras soluciones más acordes con las líneas de convivencia.

Tanaka, nuevo primer ministro japonés, sustituye a Sato, dimitido, que era un jefe de gobierno de guerra fría; Tanaka hace su apertura a Pekín, se le llama "el Willy Brandt del Japón" y mantiene una imagen liberal. No podrá liberar al Japón, evidentemente, del gran peso de la presencia americana; un peso que, por otra parte, ha servido para colocar al Japón en un tercer puesto mundial de producción industrial y para enviar sus productos al mundo entero, incluso a los Estados Unidos; pero sí conseguirá que el Japón se inserte cómodamente en el nuevo mundo de tres dimensiones (Estados Unidos-Unión Soviética-China) que se está lentamente inaugurando, aun a costa de romper sus tradicionales relaciones con la China del exilio, la de Formosa, amenazada ya por sus cuatro costados diplomáticos. Se dice que Formosa está también preparando su reconversión: con o sin Chiang Kai-Chek, intentaría un principio de acuerdo con Pekín, un "modus vivendi" o quizá un acuerdo de principio para la reunificación.

Es una noticia muy dudosa. Cosas más difíciles se han visto. El viaje de Nixon a Pekín era impensable hace unos años, quizá hace un solo año, y se ha producido. Más difícil aún era la posibilidad de que las dos Coreas buscaran un entendimiento, y hasta una posibilidad también de reunificación. El Norte lo ha intentado siempre, pero se ha encontrado con la oposición enérgica del Sur; mantenida por una parte por los Estados Unidos, por otra por el miedo de que la reunificación tendiera a hacerse a favor del régimen comunista del Norte. No hace más de un año se temía muy seriamente

que pudiera comenzar una nueva guerra de Corea que, simultánea a la de Vietnam, abriera un nuevo frente que ya no podrían cubrir los Estados Unidos. Los dirigentes de las dos Coreas han abierto ahora un diálogo —intermediarios, las Naciones Unidas y la Cruz Roja—, que, aparte de resolver algunas situaciones —como la de prisioneros mutuos— y enfocar la apertura de comunicaciones, establece unas bases que podrían conducir a una reunificación. Habrá mucho que negociar, mucho que decidir y que conceder por cada parte antes de que se llegue a esa reunificación; pero lo importante es que la tendencia se ha invertido: se ha pasado de la hostilidad abierta al diálogo y al cese de las agresiones verbales.

En Filipinas, las modificaciones constitucionales van en el sentido de democratizar la República. Filipinas tiene un gobierno presidencialista, que desde hace siete años —dos mandatos consecutivos de cuatro años cada uno— ejerce Fernando Marcos; se aproxima el final, y es ineluctable para un tercer mandato (el sistema es el mismo de Estados Unidos). Se trata ahora de cambiar la Constitución, de forma que el poder no sea del Presidente, sino de un jefe de gobierno que sería designado por un organismo legislativo integrado por una sola Cámara, ante la cual sería responsable y que podría negarle su confianza. Se ve fácilmente que es una forma por la cual Marcos podría prolongar su poder, sin ser Presidente; para evitarlo, se ha tratado de presentar una moción prohibiendo que en ese caso ni Marcos ni ninguna persona de su familia pudiera presentar su candidatura al puesto de jefe de gobierno, pero no ha sido aceptada. Aún teniendo en cuenta la maniobra y el alcance de la medida, que es el de prolongar una dictadura, la modificación constitucional, si se llega a aprobar, tenderá a cambiar las instituciones de forma que en el futuro o en un momento determinado pueda regresarse a una democratización del sistema.

Parece que, en general, ha llegado a Asia la ola, que es ya patente en todo el mundo, de cese de hostilidades, de aperturas, de sistemas dialogantes y liberales, de sustitución de hombres rígidos y duros por otros con imagen liberal y democrática. Es, naturalmente, muy exagerado hablar de una nueva era, pero sí se puede hablar de un nuevo estilo y de una manera más humana de abordar los problemas generales del mundo. Durará lo que dure. Pero ahora se está inaugurando. ■ J. A.